

AGENDA CIUDADANA
MEXICO Y SUS EXTRANJEROS
Lorenzo Meyer

El Tema.- A punto de expirar el siglo, el 13 de diciembre, el gobierno entregó 566 cartas de naturalización. En esa ocasión, como en todas las anteriores, los extranjeros naturalizados no fueron muchos; ese último grupo de nuevos mexicanos equivale apenas al 0.0005% del total de la población: una gota en un océano. Históricamente, él nuestro ha sido un país con pocos extranjeros residentes o nacionalizados, pero la relación con esos pocos no ha sido fácil y si muy contradictoria e incluso injusta, y han tenido más aceptación --o menos rechazo-- aquellos inmigrantes que arribaron a nuestro país provenientes de los países centrales que los nacidos en las amplias zonas marginales del sistema internacional.

De acuerdo con Alexander von Humbolt, en vísperas de la independencia, y cuando el país apenas contaba con 6.1 millones de habitantes, las autoridades coloniales dejaban entrar a la Nueva España únicamente alrededor de 800 europeos al año. Posiblemente, el total de españoles que residía en México al iniciarse el siglo XIX no pasaba, en el mejor de los casos, de cien mil (1.6% de la población total). Al transformarse en país independiente, México era una sociedad cerrada a los extranjeros. Hoy, casi dos siglos más tarde, en la superficie la situación pareciera ser muy diferente, pues como turistas, México recibe anualmente alrededor de 20 millones de visitantes extranjeros y un número mucho mayor llegan por unas horas a la zona fronteriza. Sin embargo, en cuanto volvemos los ojos hacia aquellos extranjeros cuya estancia no es temporal porque viven y trabajan entre y con nosotros --los residentes--, la situación se parece mucho a la que siempre ha sido.

Según las cifras del último censo (1990), en México residían apenas 341 mil personas cuya nacionalidad no era la de mexicanos --la mayor parte norteamericanos y en segundo lugar, españoles-- y representaban menos del medio por ciento del total de la población. De nuevo, se trata una minoría tan pequeña que, en términos cuantitativos carece de significado, aunque cuando se aborda el fenómeno de manera cualitativa, la cosa cambia y mucho.

Un Punto de Partida y de Referencia.- En materia de migración, el contraste entre México y su vecino del norte es notable. México es un país cuya base demográfica siempre ha sido abrumadoramente autóctona, en tanto que Estados Unidos se desarrolló como una sociedad de migrantes, ya fuesen por decisión propia -- europeos y asiáticos-- o forzados --los esclavos africanos. Al iniciarse el siglo XX ¡uno de cada tres residentes en Estados Unidos había nacido fuera (33%)!. En México, en la misma fecha, de sus 13.6 millones de habitantes, apenas 57, 674 eran extranjeros y representaban únicamente el 0.004% de la población total. Ni entonces ni ahora, la inmigración resulta una variable importante en la explicación del desarrollo de México, pero la emigración sí.

Al inicio del siglo que termina, pocos extranjeros entraban y pocos mexicanos abandonaban el país de manera permanente. En este último aspecto las cosas han cambiado radicalmente; se calcula que actualmente hay más de ocho millones de personas nacidas en nuestro país que se encuentran residiendo de manera permanente, con o sin papeles, en Estados Unidos, destino casi único de los mexicanos que emigran. En el siglo XX, él nuestro se convirtió en un país expulsor de población en grandes cantidades --como lo fue Europa en el siglo XIX y por razones similares: la

búsqueda de mejores oportunidades en tierra ajena--, pero continúa sin recibir gente de fuera en cantidades significativas.

Autarquía.- A diferencia de prácticamente todas las otras grandes civilizaciones, las mesoamericanas se desarrollaron sin influencia externa. Es imposible entender a la civilización europea, sin tomar en cuenta las influencias culturales provenientes de Asia o Africa y viceversa. Sin embargo, y hasta el inicio del siglo XVI, la civilización en Mesoamérica --estructura social y política, agricultura, calendarios, religión, urbanización, comercio, guerra, etcétera-- fue resultado de procesos autóctonos. La contribución externa tras el cierre del estrecho de Bering, fue nula.

Al despuntar el siglo XVI, el contacto de las civilizaciones americanas más complejas con el exterior se dio de manera dramática y traumática. Por tres siglos los españoles fueron los “extranjeros” en estas tierras. Nunca fueron muchos, pero en su calidad de conquistadores y dominadores, su importancia política, económica y cultural, estuvo fuera de toda proporción con su número. Y aunque al final del período colonial legalmente todos los habitantes de la Nueva España resultaron ser “españoles”, la división entre peninsulares por un lado y criollos, indígenas y castas por el otro, nunca desapareció.

Los Extranjeros como Causa y Solución de Problemas.- Apenas consolidada la independencia, “el problema español” llevó a los decretos de expulsión de los peninsulares en 1827 y 1829. Los españoles fueron percibidos como una amenaza para la independencia porque, en Madrid, Fernando VII se negó a reconocer a México como nación soberana y si, en cambio, hizo planes de reconquista. Hasta el fin del siglo XIX la relación de los mexicanos con los españoles --comerciantes, industriales, terratenientes-- fue mala; sólo el Porfiriato pareció sentar las bases de una cierta

armonía y únicamente al nivel de las cúpulas. Los ingleses, que sí apoyaron la independencia mexicana, fueron relativamente bienvenidos, aunque nunca fueron numerosos y por un tiempo, mientras la católica fue la religión oficial, hubo problemas en la convivencia (al inglés que moría había que embalsamarlo y embarcarlo, pues en su calidad de “hereje” no podía descansar en un campo santo). Finalmente, estuvo el problema de los casos donde la sangre sí llegó al río: las acciones armadas contra México de norteamericanos y franceses. La aventura imperial francesa, porque fracasó, no dejó huella permanente, pero la norteamericana de 1847 tuvo un alto costo para México --en términos morales, territoriales, humanos, económicos-- y fue seguida por otras, en ese y el siguiente siglo, que hicieron más difícil que la cicatriz se borrara.

Los liberales del siglo XIX dieron un giro de 180° en la tradicional política migratoria y buscaron atraer a parte de los cien millones de europeos que en esa época emigraron de ese continente, pero el atractivo de Estados Unidos, Argentina o Brasil, hizo fracasar ese intento de hacer de México un país abierto. Sin embargo, desde entonces se marcó un contraste. Para los pocos norteamericanos y europeos que aceptaron la invitación, puertas abiertas, pero para los pocos negros y asiáticos que también vinieron --en su mayoría contratados por firmas extranjeras para trabajar en la construcción de ferrocarriles y obra pública-- caras largas y malos gestos, por decir lo menos. Si a los mexicanos se les veía con desprecio en el ambiente cargado de racismo colonialista de las sociedades “blancas” del siglo pasado, en México y no sólo entre las élites sino también al nivel popular, se discriminaba igual a los pocos “no blancos” que la primera globalización trajo a nuestras playas: negros del caribe, chinos o a cualquier otro nativo del ancho mundo de la periferia.

La Revolución y Después.- El nacionalismo mexicano tardó en surgir y consolidarse, pero la Revolución Mexicana fue el factor que lo aceleró. Una parte muy significativa de ese movimiento fue su lucha contra el imperialismo económico de norteamericanos y europeos, pero otra fue un brote de xenofobia.

Entre 1913 y 1914, las pequeñas colonias extranjeras vieron a los constitucionalistas y, sobre todo, a los zapatistas, como la versión americana de los boxer de China y en algunos casos, como el de los ingleses, hasta prepararon una defensa colectiva en el Distrito Federal con barricadas, alambre de púas y ametralladoras. Pura fantasía, miedos infundados. En conjunto, entre 1910 y 1920 fueron pocos, muy pocos, los europeos o norteamericanos que cayeron bajo las balas de la llamada "primera revolución social" del siglo XX, aunque a partir de 1916, Villa se mostró muy agresivo con los norteamericanos, quizá porque consideró que habían pagado mal --el reconocimiento de Washington a Carranza-- la gran deferencia que antes les había mostrado.

De los residentes europeos, los más lastimados fueron los españoles, que por otro lado también constituían el segundo grupo extranjero más numeroso (entre 30 y 50 mil), pero incluso en ese caso, las bajas fueron pocas. Los archivos muestran que Madrid reclamó por el asesinato de 169 de sus súbditos entre 1910 y 1920. Sin embargo, no puede decirse lo mismo de los chinos, que en el norte de México despertaron un odio patológico entre todos los sectores sociales --los chinos, como muchos españoles, en su calidad de comerciantes en pequeño, estaban en contacto constante con las clases populares, que les veían como explotadores de los mexicanos más pobres--, y una y otra vez fueron objeto de la violencia irracional de los revolucionarios. Villa en particular, mostró una ferocidad constante en contra de los

chinos, pero la peor matanza, en la que hubo participación popular en una atmósfera de crueldad y brutalidad sin límites, tuvo lugar en mayo de 1911 en Torreón. Ahí, las fuerzas del jefe maderista Benjamín Argumedo y el populacho, le quitaron la vida al menos a 249 personas si no es que a más; la mitad de la colonia china en esa ciudad fue eliminada en un acto de genocidio.

La crueldad norteña hacia los chinos no terminó con la guerra civil, sino que al iniciarse la institucionalización del nuevo régimen, se convirtió en política nacional asociada a la figura del fundador del PRI, Plutarco Elías Calles. El primer artículo de una obra que acaba de ser editada por Roshni Rustomji-Kerns sobre las experiencias de los descendientes de asiáticos en América Latina (*Encounters. People of Asian Descent in the Americas*, 1999) fue escrito por Mónica Cinco Basurto. El padre de Mónica, a pesar de ser mexicano por nacimiento, fue expulsado de Sinaloa en los años treinta en unión de su padre chino, su madre mexicana y sus hermanos. El abuelo y dos de los tíos de Mónica murieron durante la invasión japonesa a las Filipinas, y sólo en 1960 su padre y 365 mexicanos más de ascendencia asiática, pudieron retornar a México, a lo que legalmente era su país y del cual habían salido en contra de su voluntad. La abuela de Mónica --mexicana por los cuatro costados, de Guamuchil-- junto con otros familiares debió de esperar trece años más en Macao antes de poder retornar a su patria, de donde fue echada por el gobierno en contra toda razón y toda justicia. En realidad, y pese a sus sufrimientos, la familia de Mónica Cinco tuvo suerte, pues existe la sospecha de que otros de los expulsados ni siquiera llegaron a China, sino que perdieron la vida mucho antes.

De entre las 566 personas que acaban de recibir su carta de naturalización como mexicano, el grupo más numeroso --144-- nació en China. Sería bueno creer que,

aunque tarde, muy tarde, el gobierno mexicano intente reparar en algo el daño que en el pasado hizo a otros chinos. En cualquier caso, nos conviene a los mexicanos, tan susceptibles a los actos de discriminación de que han sido y son objeto algunos de nuestros compatriotas en el extranjero --particularmente en Estados Unidos--, tener conciencia que nuestra relación colectiva con los extranjeros no se agota en esa relación de la que tanto nos enorgullecemos: el asilo a los republicanos españoles y a otros perseguidos por razones políticas. Nuestra relación con los extranjeros también tiene otra cara mucho menos agradable y altruista, que va de la matanza de Torreón a principios del siglo a la extorsión actual por parte de la policía, a los centroamericanos que ingresan sin documentos a México para buscar trabajo aquí o en Estados Unidos.

Reconocer las partes oscuras de nuestra historia y de nuestro presente, es un primer paso para marchar por una senda distinta, mejor.